

LA ISLA DEL TIEMPO

LUZ HECHICERA

L. J. Smith

Traducción de Gemma Gallart

DESTINO

El centro comercial estaba tremendamente tranquilo. No existía el menor indicio del terrible suceso que estaba a punto de acontecer.

Tenía el mismo aspecto que cualquier otro centro comercial de Carolina del Norte una tarde de domingo de diciembre. Moderno. Decorado con luces brillantes. Atestado de clientes que sabían que sólo quedaban diez días para hacer las compras antes de que llegara la Navidad. Caluroso, a pesar del helado cielo del exterior. Seguro.

No era la clase de lugar donde alguien pensaría que podía aparecer un monstruo.

Keller pasó ante una exposición de Papá Noel a través de los tiempos; tenía todos los sentidos alerta y desplegados. Y eso significaba una gran cantidad de sentidos. Las breves visiones que obtenía de sí misma en oscurecidos escaparates mostraban a una muchacha de la edad de una estudiante de instituto vestida con un elegante mono, con una melena negra y lisa que le caía por debajo de las caderas y fríos ojos grises. Pero ella sabía que cualquiera que la observase con atención posiblemente vería algo más: una especie de gracilidad acechante en el modo

en que andaba y un resplandor interno cuando sus ojos grises se concentraban en cualquier cosa.

Raksha Keller no parecía del todo humana. Lo que no era de extrañar, ya que no lo era. Era una cambiante, y si las personas que la miraban obtenían la impresión de una pantera a medio domesticar que anduviese suelta, no se equivocaban en absoluto.

—Muy bien, todo el mundo. —Keller tocó la insignia que llevaba en el cuello del mono, luego presionó un dedo sobre el auricular casi invisible de la oreja, intentando dejar de escuchar la música navideña que inundaba el centro comercial—. Informad.

—Aquí Winnie. —La voz que hablaba a través del auricular era suave, casi cantarina, pero profesional—. Estoy junto a la cafetería. No he visto nada todavía. A lo mejor ella no está aquí.

—A lo mejor —dijo Keller en tono seco en la insignia... que no era ni por asomo una insignia sino un transmisor sumamente caro—. Pero se supone que le encanta ir de compras, y sus padres dijeron que venía hacia aquí. Es la mejor pista que hemos conseguido. Seguid buscando.

—Aquí Nissa. —Esta voz era más fría y queda, impasible—. Estoy en la zona de aparcamiento, pasando con el coche ante la entrada que hay en la calle Bingham. Nada que informar... Espera. —Una pausa, luego la voz espectral regresó con una tensión nueva—. Keller, tenemos problemas. Una limusina negra acaba de parar delante de Brody's. Ellos saben que está aquí.

A Keller se le hizo un nudo en el estómago, pero mantuvo la voz serena.

—¿Estás segura de que son ellos?

—Estoy segura. Están bajando del coche... un par de vampiros y... algo más. Un tipo joven; sólo un muchacho, en realidad. Quizá un cambiante. No estoy segura; no se parece a nada que haya visto antes.

Parecía preocupada, y eso preocupó a su vez a Keller. Nissa Johnson era una vampira con un cerebro que albergaba al menos la biblioteca entera del Congreso. ¿Cómo era posible que hubiera algo que ella no reconocía?

—¿Debería aparcar e ir a ayudaros? —preguntó Nissa.

—No —replicó Keller con brusquedad—. Quédate en el coche; vamos a necesitarlo para huir de aquí a toda pastilla. Winnie y yo nos ocuparemos de ello. ¿Te parece, Winnie?

—De acuerdo, jefa. De hecho, puedo enfrentarme a todos ellos yo solita; observa y verás.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices, chica.

Pero Keller tuvo que reprimir la torva sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios. Winfrith Arlin era lo opuesto a Nissa: una bruja con tendencia a mostrarse emocional. Su curioso sentido del humor había alegrado más de un momento sombrío.

—Estad alerta las dos —ordenó Keller, totalmente seria ahora—. Ya sabéis lo que está en juego.

—De acuerdo, jefa. —Esta vez ambas voces sonaron apagadas.

Lo sabían.

El mundo.

La muchacha que buscaban podía salvar el mundo... o destruirlo. Aunque no era que ella lo supiera... aún. Se llamaba Ilia-na Harman, y había crecido como una niña humana. No era consciente de que llevaba sangre de brujas y de que era uno de los cuatro Poderes Salvajes destinados a combatir la era de oscuridad que se avecinaba.

Va a ser toda una sorpresa para ella cuando se lo contemos, pensó Keller.

Eso suponiendo que el equipo de Keller llegara hasta ella antes de que lo hicieran los malos. Pero claro que lo harían. Tenían que hacerlo. Existía una razón para que las hubiesen elegido a ellas, cuando todo agente del Círculo del Amanecer

en Estados Unidos habría estado encantado de llevar a cabo aquella misión.

Ellas eran las mejores. Era así de simple.

Formaban un equipo curioso —vampira, bruja y cambiante—, pero eran invencibles. Aunque Keller sólo tenía diecisiete años, poseía ya una reputación de no conocer la derrota.

Y no voy a echarla a perder ahora, pensó.

—Está bien, chicas —dijo—. Se acabó el hablar hasta que identifiquemos a la muchacha. Buena suerte.

Las transmisiones estaban codificadas, desde luego, pero de nada servía correr riesgos. Los malos estaban sumamente bien organizados.

No importa. Ganaremos de todos modos, pensó Keller, e hizo una pausa en su paseo, el tiempo suficiente para expandir todo el potencial de sus sentidos.

Era como penetrar en un mundo diferente. Eran sentidos que un humano ni siquiera podía imaginar. Infrarrojos: veía el calor corporal. Olfato: los humanos no tenían sentido del olfato en absoluto; Keller podía distinguir una marca de cola de otra desde el otro extremo de una habitación. Tacto: como pantera, Keller tenía pelos exquisitamente sensibles por todo el cuerpo, especialmente en el rostro. Incluso estando bajo forma humana podía percibir con una intensidad diez veces mayor que un humano auténtico; era capaz de avanzar a tientas en una oscuridad total guiada sólo por la presión del aire sobre su cuerpo.

Oído: era capaz de oír tanto tonos más agudos como más graves de los que podía oír un humano, y podía identificar con precisión una tos individual en una multitud. Vista: poseía visión nocturna como... bueno, como la de un felino.

Sin mencionar más de quinientos músculos que podía mover a voluntad.

Y justo en aquel momento todos sus recursos estaban sintonizados en la búsqueda de una adolescente en aquel centro

comercial atestado de gente. Los ojos recorrían rostros; los oídos recogían el sonido de cada voz joven; la nariz revisaba miles de olores en busca del que se correspondiera con la camiseta que había cogido del cuarto de Iliana.

Entonces, justo cuando acababa de quedarse totalmente inmóvil, captando una vaharada de algo que le resultaba familiar, el auricular que llevaba en la oreja cobró vida.

—¡Keller..., la he localizado! Hallmark, segunda planta. Pero ellos también están aquí.

La habían encontrado primero.

Keller maldijo en silencio. En voz alta, respondió:

—Nissa, trae el coche al lado oeste del centro comercial. Winnie, no hagas nada. Voy para allá.

La escalera mecánica más cercana estaba al final del centro comercial. Pero por el mapa que tenía en la mano, advirtió que Hallmark estaba directamente por encima de ella, en el nivel superior. Y no podía perder tiempo.

Encogió las piernas para tomar impulso y saltó.

Un salto, directo arriba. Hizo caso omiso de las exclamaciones de sorpresa —y unos cuantos chillidos— de las personas que la rodeaban cuando brincó. Cuando alcanzó el punto más alto del salto, se agarró a la barandilla que protegía la pasarela del nivel superior. Permaneció colgada durante un segundo, suspendida de las manos, luego se izó con soltura.

La gente la miraba atónita. Keller hizo como si no existieran, y se apartaron de su camino mientras avanzaba en dirección a Hallmark.

Winnie estaba de pie, de espaldas al escaparate de la tienda que había al lado. Era una muchacha bajita, con un borbotón de rizos bermejos y un rostro de duende. Keller avanzó despacio hasta ella, con cuidado de mantenerse fuera de la línea de visión de la tienda Hallmark.

—Ponme al corriente.

—Son tres —murmuró Winnie en una voz apenas audible—. Tal como dijo Nissa. Los he visto entrar... y luego la he visto a ella. La tienen rodeada, pero hasta el momento sólo hablan con ella. —Miró de soslayo a Keller con sus verdes ojos danzarines—. Sólo tres... Podemos ocuparnos fácilmente de ellos.

—Ya, y eso es lo que me inquieta. ¿Por qué tendrían que haber enviado sólo a tres?

Winnie encogió levemente los hombros.

—A lo mejor son como nosotras... Los mejores.

Keller se limitó a responder a aquello con un veloz movimiento de las cejas. Avanzaba centímetro a centímetro, intentando vislumbrar el interior de la tienda entre las medias y los animales de peluche del escaparate.

Ahí. Dos tipos con ropas oscuras que parecían uniformes: dos matones, vampiros. Otro tipo al que Keller sólo podía ver como una silueta parcial a través de un expositor de adornos navideños.

Y ella, Iliana. La chica con la que todos querían hacerse.

Era hermosa, casi increíblemente hermosa. Keller había visto una foto y ya le había parecido hermosa, pero ahora descubrió que la instantánea estaba muy lejos de mostrar a la auténtica muchacha. Tenía el pelo rubio platino y los ojos violeta que demostraban su sangre Harman; también poseía unas facciones sumamente delicadas y una gracilidad en el movimiento que hacía que su contemplación resultase tan agradable como la de un gatito blanco jugando en la hierba. Aunque Keller sabía que tenía diecisiete años, la muchacha tenía una apariencia menuda e infantil. Casi como una hada. Y justo en aquellos momentos escuchaba con ojos muy abiertos y confiados lo que fuera que el chico de perfil le estuviera diciendo.

Furiosa, Keller descubrió que no conseguía entender las palabras. *Debe de estar susurrando.*

—Es ella realmente —musitó Winnie, sobrecogida, desde su puesto junto a Keller—. La Niña Bruja. Tiene exactamente el aspecto que decían las leyendas, tal y como la había imaginado. —Su voz se tornó indignada—. No puedo soportar contemplar cómo ellos le hablan. Es como... una blasfemia.

—No te sulfures —murmuró Keller, escudriñando todavía con la mirada—. Vosotras las brujas os emocionáis tanto con vuestras leyendas.

—Bueno, deberíamos. No es simplemente un Poder Salvaje, es una alma pura. —La voz de Winfrith estaba quedamente sobrecogida—. Debe de ser tan sabia, tan dulce, tan sagaz. No sé si podré aguardar para hablar con ella. —Su voz se tornó más severa—. Y a esos matones no se les debería permitir hablar con ella. Vamos, Keller, podemos acabar con ellos en un momento. Vayamos.

—Winnie, no...

Era demasiado tarde. Winnie estaba ya en movimiento y se dirigía directamente al interior de la tienda sin hacer ningún esfuerzo por disimular.

Keller volvió a maldecir. Pero ya no tenía elección.

—Nissa, mantente alerta. Las cosas van a ponerse emocionantes —dijo con brusquedad, presionando la insignia; luego siguió a su compañera.

Winnie caminaba directa hacia el pequeño grupo formado por los tres jóvenes y por Iliana cuando Keller llegó a la puerta. Los chicos alzaban la cabeza en aquel momento, alertas al instante; Keller vio sus caras y se preparó para saltar.

Pero jamás llegó a hacerlo. Antes de que pudiera tener preparados todos los músculos, el chico que estaba de perfil se volvió... y todo cambió.

El tiempo empezó a transcurrir a cámara lenta. Keller le vio el rostro con claridad, como si hubiese tenido un año entero para estudiarlo. No era mal parecido: era bastante apuesto en

realidad; tampoco parecía mucho mayor que ella, y tenía unas facciones bien definidas y moldeadas con delicadeza. Su cuerpo era delgado y compacto, se intuían unos músculos duros bajo las ropas, y su pelo era negro, greñudo pero lustroso, casi como pelaje. Caía sobre la frente de un modo curioso, un modo que parecía deliberadamente desaliñado y que no concordaba con la pulcritud del resto de su imagen.

Y tenía ojos de obsidiana.

Totalmente opacos.

De un lustroso negro plateado, que no mostraba ninguna claridad ni transparencia. No revelaban nada; simplemente devolvían luz a cualquiera que mirara en ellos. Eran los ojos de un monstruo, y cada uno de los quinientos músculos voluntarios de Keller quedó paralizado por el miedo.

No necesitó oír el rugido que estaba muy por debajo del tono que el oído humano podía captar; tampoco necesitó ver el remolino de oscura energía que llameó igual que una aura negra teñida de rojo alrededor del joven. Lo sabía ya, instintivamente, e intentó tomar el aliento necesario para chillar una advertencia a Winnie.

No hubo tiempo.

No pudo hacer otra cosa que observar mientras el rostro del muchacho se volvía hacia Winnie y el poder surgía de todo él igual que un estallido.

Lo hizo con absoluta tranquilidad. Keller se dio cuenta de que no era más que un coletazo de su mente, como un caballo asestando un golpe de cola a una mosca. Pero el oscuro poder embistió a Winnie y la envió volando por los aires, con los brazos y las piernas extendidos, hasta que golpeó una pared cubierta de platos de muestra y relojes. El estrépito fue tremendo.

¡Winnie! Keller casi lo chilló en voz alta.

Winnie cayó tras el mostrador de la caja registradora, fuera de la línea de visión de Keller, de modo que ésta no podía saber

si estaba viva o no. La cajera, que seguía de pie detrás del mostrador, salió corriendo y chillando en dirección a la parte trasera de la tienda. Los clientes se desperdigaron: algunos siguieron a la cajera, otros huyeron precipitadamente hacia la salida.

Keller permaneció parada en la entrada un segundo más mientras la gente pasaba en tropel a su alrededor. Luego retrocedió tambaleante hasta quedar con la espalda pegada al escaparate de la tienda de al lado. Respiraba con dificultad. Tenía zarcillos de hielo en las tripas.

Un dragón.

El chico era un dragón.